



ENTREVISTA

Rodrigo Rubio: Crónicas de la pobre gente

Francisco Gómez-Porro

Veinticuatro horas antes de cumplir sesenta y ocho años, Rodrigo Rubio (Montalvos, Albacete, 1931) es un hombre enfermo, demacrado, obligado a medicarse con un cóctel de calmantes para combatir las dolencias derivadas de una larga lucha con la enfermedad. Su vivienda se encuentra en un sólido edificio residencial, con portero, garajes y un pequeño jardín interior. Pero al otro lado de la calle, como un símbolo relacionado directamente con su propia vida, hay una clínica de ortopedia, enfermedades reumáticas y lesiones de huesos.

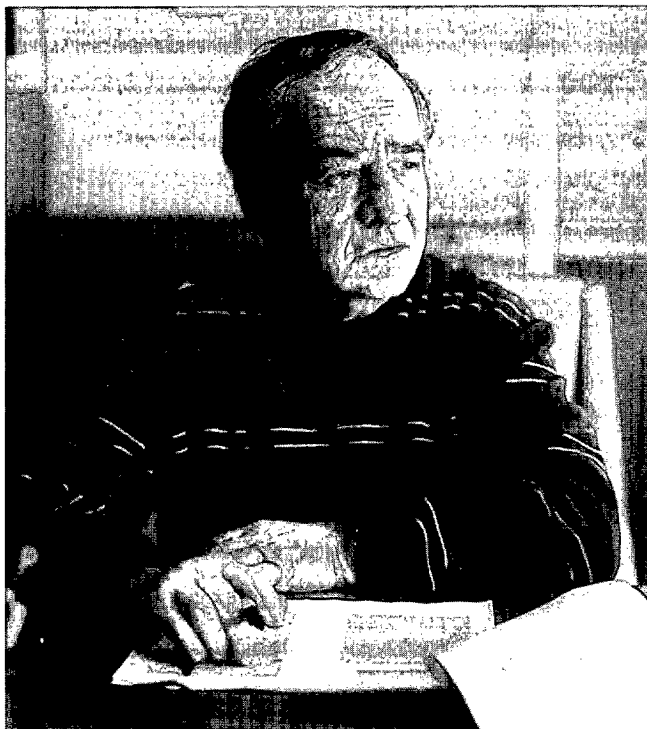


Foto: Guillermo Mañanes.

Cuando le veo apoyado sobre dos muletas, recuerdo una fotografía que vi en su novela *Cuarteto de máscaras*, a mediados de los años setenta. En ella aparece al lado de Rosa y sus dos hijos, delante de la puerta de un chalé de la sierra madrileña. Allí, disimuladas por el encuadre, están también las muletas que uno confundiría con los pilares de la baranda en que se apoya el autor si no fuera por la rigidez descoyuntada del brazo.

Encorvado, con la mirada en el suelo para no resbalar, se resiente a cada paso, aunque con esa tenacidad sin alardes con que ha escrito fecundamente más de treinta libros, entre novelas, cuentos y ensayos, así como centenares de artículos, a lo largo de estos años.

En el salón y en el pasillo me señala algunos apuntes dedicados de Benjamín Palencia y otros pintores. Sofocado, tose y

traga saliva. «Este año he empeorado», dice, al pasar a su cuarto. El dolor es algo estrechamente ligado a la vida de Rodrigo Rubio. Uno no se pone a pensar en el dolor hasta que no tiene delante a quien lo padece, alguien para el que cada minuto supone vencer un obstáculo, tomar una precaución. La vida es así peligrosamente previsible, dolorosamente real.

— *El protagonista de una de tus últimas novelas, Fábula del tiempo maldito (1997), dice al recordar la guerra y sus secuelas que*

«todos llevamos encima la ruina de aquel tiempo maldito». A ti, Rodrigo, tengo la impresión de que esa ruina te ha marcado de un modo inmisericorde.

— Sí, eso en mi caso es cierto. Mi enfermedad es producto de una vacuna contra el tifus que nos pusieron a todos los niños alrededor del año 37, en plena guerra. A mí, o por mi propia sangre, o porque la vacuna estaba en mal estado me produjo unos efectos terribles, dejándome prácticamente paralítico. Tenía las articulaciones rígidas. Entonces no había médico en Montalvos. Dos días a la semana venía uno de La Roda y me ponía un ungüento parecido a la pez. Pero el remedio pronto se reveló ineficaz. Otras veces éramos nosotros los que íbamos en carro a La Roda. También íbamos a Albacete cuando podíamos. A los veinticuatro años esta

RESUMEN:

Continuando con nuestra labor de recuperación de lo que está semioculto por el polvo de la fama, la actualidad o el olvido, traemos hoy con gusto a las páginas de AÑIL un perfil del novelista, ensayista y escritor (en todo su sentido) albacetense Rodrigo Rubio. Ganador del premio Planeta en 1965 con *Equipaje de amor para la tierra*, Rubio ha escrito numerosos libros (más de 30) y colaborado en infinidad de medios y publicaciones. En sus obras aparecen los problemas humanos y sociales de la segunda mitad de este siglo, con especial presencia de los ambientes y los mundos que le son más queridos, sus llanuras de Albacete y La Mancha en general. En esta entrevista con Francisco Gómez Porro, repasa en detalle su formación, sus inquietudes, y los avatares de su vida, marcada por la enfermedad y el dolor.

enfermedad se complicó a causa de unas fiebres reumáticas que me contaminaron la sangre. En el sanatorio de la Malvarrosa de Valencia me hicieron una operación inútil en los pies. Todo fue mal y a partir de esa edad tuve que usar las muletas.

– *¿Cómo ha influido esa tara física en tu literatura?*

– Positivamente, en cuanto a la creación. El dolor me llevó a conocer los recovecos del ser humano, a estar cerca de los que padecen e intentar comprenderlos desde mi condición de hombre que también sufre. En Valencia, por ejemplo, trabajé durante un tiempo con el padre Duato. Fue una experiencia muy provechosa y emocionante que me obligó a viajar a Lourdes acompañando las expediciones de enfermos. Pero precisamente por esa desventaja no he podido estar presente como hubiera querido para difundir mis cosas.

– *Cosa extraña en un autor que tiene en su haber premios como el «Gabriel Miró», el «Alvárez Quintero» de la Real Academia, el «Planeta», el de «Novelas y cuentos», por citar sólo algunos. ¿Quieres decir que tu desventaja física ha desvalorizado el alcance de tu literatura?*

– Sí, de algún modo. Y también la ha orientado en una dirección muy concreta. Ha contribuido a que me parezca absurdo hablar de algunas cosas. Cuando publiqué *Radiografía de una sociedad promocionada*, que es sólo un apunte sociológico, el por entonces joven Amando de Miguel me lanzó un ataque furibundo desde el punto de vista técnico. Pero yo no pretendía invadir el terreno profesional del sociólogo. Lo único que pretendía era demostrar que aquella sociedad del «lalalá», el coche nuevo, el piso, las salidas domingueras, las primeras vacaciones, era ya una sociedad que comenzaba a atontarse, reflejo de una dictadura política que enmascaraba sus miserias. Ahora las cosas han cambiado, pero no tanto. Ahora estamos en la sociedad de «tómbola», pero a mí me siguen preocupando las mismas cosas.

– *Pero antes de la sociedad del «lalalá» hubo otra que tú viviste de un modo muy directo. La de la posguerra, con su secuela de indignidad y privaciones, que aparece muchas veces en tus novelas.*

– Sí, al fin y al cabo es la sociedad en la que transcurrió mi infancia. Mi padre era un labrador modesto, con algunas viñas y tierras de cereal y de huerta, de «par de mulas» como se les llama en La Mancha. Era un hombre prudente, liberal por instinto. Primero lo fastidiaron los milicianos. Muchos eran amigos y personas que habían trabajado en nuestra casa. Se llevaron las mulas, los aperos, colectivizaron la tierra. Tenía noventa almudes y le llamaban rico. Recuerdo una siesta en que varios milicianos vinieron a mi casa. Querían que mi padre les entregara las mulas. Uno de ellos le puso la escopeta en el vientre. Mi padre la apartó de un manotazo y se negó a darles lo que querían. Así muchas veces. Pero fue peor cuando acabó la guerra y vinieron los falangistas. Rompieron las portadas de entrada a mi casa con un camión para llevarse el vino. Venían a merendar todas las tardes sin que nadie les invitara. Cantaban el *Cara al sol*. Yo tenía una hermana que estaba casada con un oficial republicano. Vino al pueblo mientras su marido estaba encerrado en la Plaza de Toros de Valencia. Como mi madre era el sostén de la casa se vengaron en la familia encarcelándola durante un tiempo. A mi hermana le traían camisas azules a casa para que les bordara el yugo y las flechas. Lloraba mientras...

La voz de Rodrigo se quiebra. Tiene las manos con las palmas hacia arriba apoyadas en las rodillas. Las mira fijamente, como si soportaran el peso de esa camisa. Hay un silencio que llenan los gorriones urbanos y la caricia lejana de unos niños que juegan en el cercano colegio del Sagrado Corazón. En *Fábula del tiempo maldito*, una de sus mejores indagaciones en la memoria de esos años oscuros ha recreado ese ambiente de los «polvos del hambre», de delaciones, miserias, miedos y renunciaciones. Páginas descarnadas, que evocan con viveza y sencillez episodios grabados en la memoria colectiva, como el del paso del féretro de José Antonio Primo de Rivera en su camino desde Alicante hasta el cementerio de El Escorial en una escafofrante ceremonia.

– Todo el pueblo de Montalvos asistió. Unos de grado y otros a la fuerza. Montalvos está a dos kilómetros y medio de lo que es ahora la autovía y antes era la general. Salimos en procesión a la carreterita de piedra blanca. Antes habían obligado a los del pueblo a llevar carretadas de leña para hacer hogueras. Era el mes de enero y la gente estaba en las cunetas, rezando y levantando el brazo en señal de sumisión. Y es que había una España, la de la pobre gente que no estaba en las cárceles, ni en campos de concentración, ni siquiera en los cementerios, familiares de los contendientes que sufrían una represión atroz.

– *En cambio tú no permaneciste mucho tiempo en Montalvos.*

– No. Había que hacer algo. Al acabar la guerra la vida fue dura para todo el mundo. Mi padre estaba desesperado. Cuando llegaron los años cincuenta y la mecanización del campo, no tenía poderes ni tierra suficiente para dar trabajo a mis siete hermanos. Primero se fueron los mayores. Yo me fui a Valencia cuando tenía diecisiete años. Fui a vivir a casa de mi hermana, la que estaba casada con ese muchacho republicano. Para ganarse la vida mi cuñado viajaba por las aldeas. Compraba huevos, pollos, aceite y lo facturaba todo a la estación de La Gineta, Alzira, Carcagente y por ahí. Mis hermanos tenían un puesto en el Mercado Central y allí vendían azafrán y otros productos de La Mancha. Yo trabajaba en una tienda de ultramarinos que pronto abandoné para trabajar en el negocio familiar. Iba a Montalvos a por harina que me preparaban en sacos y yo tenía que llevarla hasta Valencia y tirar el saco por la ventanilla del tren cuando éste se aproximaba a la estación. Mis hermanos lo cogían y lo sacaban en una carretilla. Allí, en Valencia, viví veinte años y allí me casé y comencé mi andadura literaria, hasta los treinta y siete años en que me vine a Madrid.

– *Veinte años en los que tu vida cambió. Descubriste la literatura e iniciaste una fecunda carrera como novelista.*

– Bueno, comencé a escribir como consecuencia de la recaída en mi enfermedad. Estuve dos años sin salir de casa. Leía mucho. Había estudiado por correspondencia en el campo. Empecé a escribir en los últimos años cincuenta, relatos, cuentecillos. En los juegos florales de Requena me premiaron con mil pesetas un artículo sobre el cultivo de la vid. En el año 61 ya estaba escribiendo *Un mundo a cuestras*, que ganó el premio «Gabriel Miró». El jurado estaba compuesto por Juan Antonio Zunzunegui, José Luis Cano, fallecido hace poco, y Rafael Morales. Gracias a las recomendaciones de este último el libro lo publicó la Editorial Bullón.

– *Es un libro atípico en tu producción. Yo lo veo como un libro juanrramoniano, luminoso, sencillo, resumante de liris-*

mo, por más que la anécdota sea trivial. Tiene el sabor de la literatura vieja, y si me apuras el aroma de un género viejo pero imposible, como es el de la égloga.

– Pretendía recuperar la vida que desaparecía a mi alrededor. Es una novela de amor campesino entre dos niños: ella muere y él abandona el pueblo. El protagonista evoca su vida en la aldea mientras se dirige a pie por el camino que va desde Montalvos a la estación ferroviaria de La Gineta. Recuerda su vida y los tiempos de la sementera, de la poda, de la vendimia, los viajes al río, la trilla, las fiestas populares. Tiene un lenguaje fresquísimo, totalmente natural...

– *Levantino por la sensualidad con que ilumina la vida de los pequeños seres...*

– Si, eso lo tomé de Azorín. Y de Gabriel Miró, sobre todo. Ambos me hicieron fijarme en lo pequeño, en lo menos grato a la vista. Me enseñaron a acercarme a las cosas mínimas. De Miró me gustaba su escribir pausado, su reposo, el amor por las criaturas.

– *Cómo era la situación cultural en Valencia por esos años?*

– De una gran crispación. Yo colaboraba en el periódico *Levante* y en Radio Nacional. En Valencia tenías que estar con los catalanistas del grupo de Joan Fuster o con los tradicionalistas. A mí no me gustaba esa manera de ver las cosas. Por eso Rosa y yo decidimos venimos a Madrid. Nos compramos un piso en Moratalaz y allí continué escribiendo.

– *¿Cómo te relacionabas con la vida literaria madrileña?*

– Bueno, cuando llegué a Madrid participaba en tertulias. Veía a los amigos. Madrid era una ciudad mucho más abierta que hoy. Frecuentaba el café Gijón donde me solía encontrar a colegas de diferentes lugares de España como Luis de Castresana, Manuel Vicent, Gregorio Javier, Victor Alperi, Héctor Vázquez Azpiri, Dolores Medio...

– *José María Cachero te sitúa al lado de Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio, Jesús Fernández Santos y Ana María Matute.*

– Generacionalmente yo soy un poquito posterior. Yo estoy con Manuel Vicent, Jesús Torbado, Manuel Martínez Mena, Francisco Umbral y Héctor Vázquez Azpiri. Todos ellos comenzaron a publicar cuando lo hice yo.

– *Además está la diferencia de extracción social. Tú vienes del mundo del campo.*

– Eso está claro. Yo fui a la escuela hasta los trece años. Hacía labores propias de los niños que vivían en un pueblo manchego y dependía de la agricultura. Tal vez Ana María Matute es la más cercana, viene del pueblo y está más metida en la tierra. Los demás forman parte la cultura urbana, universitaria.

– *¿Con qué libros te sientes hoy más a gusto?*

– Bueno, ya hemos hablado de *Un mundo auestas*. Con *Equipaje de amor para la tierra*, en cambio, me llegó el reconocimiento nacional. Gané el premio Planeta, en 1965. Eso fue muy importante en mi vida.

– *Es una novela difícil porque se mueve en el territorio de los sentimientos, a un paso de la sensiblería. Aunque reconozco que la historia de esa mujer que viaja desde su pueblo manchego a Alemania para recoger el cadáver de su hijo, víctima de la tuberculosis que diezmaba a los emigrantes españoles, emociona todavía hoy.*

– Sí. No puedo escribir otra cosa más que aquello que me llega por los sentimientos. Yo escribo mis novelas a partir de una verdad: solidaridad con los que sufren. Necesito inspirarme en lo más próximo. En estas obras te la juegas. Para mí supuso romper con el mundo más próximo de la vida rural. Me fui al mundo social, fuerte, mugriento, duro. Además yo conocía a los protagonistas de la historia. Esa novela hubiera supuesto algo más de estar yo en un grupo, como te dije antes. Pero yo era un muchacho minusválido que fabricaba juguetes en una escuela de minusválidos en Valencia, muy al margen de la vida social literaria catalana y madrileña. Hubo intelectuales que torcieron el morro ante aquella propuesta literaria. Por el contrario hubo quienes la convirtieron en arquetipo de una cierta novela de denuncia frente a aquella que justificaba su falta de vuelo por la presencia de la censura. También rompía con esa forma monótona del diálogo que impuso la editorial Seix Barral y la escuela de los Caballero Bonald y García Hortelano. No, yo estaba más cerca de escritores como Juan Marsé, que era un escritor de barrio, cercano al pueblo. La última reimpresión la ha hecho Planeta y creo que no ha quedado mal. A esos libros habría que añadir por la mucha vinculación que tienen con mi gente *Agonizante sol ...*

– *Hay otro tipo de novelas tuyas más extravagantes como Cuarteto de máscaras...*

– Con *Cuarteto de máscaras* y *Papeles amarillos en el arca* quería salir del realismo, bucear en el esperpento. Algunos dijeron que estaban influidas por la literatura del realismo mágico sudamericano, pero la verdad es que están más cerca de Valle-Inclán y de Quevedo. Sin embargo, hay libros que no debería haber escrito.

– *Por ejemplo...*

– Por ejemplo, uno circunstancial que se llama *Narrativa española*. Quería hacer un libro generoso, sin pretensiones, informativo, pero carece de rigor. Sin embargo en *Minusválidos* y en *La deshumanización del campo* acerté porque estaba seguro del terreno que pisaba.

– *También has hecho incursiones en la literatura infantil.*

– Sí, de *Los sueños de Bruno* se han vendido cinco ediciones. *El amigo Dwnga* también ha tenido bastante éxito.

Lo imagino un día tras otro, en su mesa, al lado una ventana que da a otra ventana, fumando o bebiendo el güisqui con el que combate las sofocantes disneas, frente a esa fotografía enmarcada en la pared de su escritorio donde aparecen casas de pueblo, de labor, rugosas como frutos de la cal. Como esas casas que ha descrito con precisión obsesiva en sus libros. Casas con troje, lagar, corral, alacenas, pozo, establo, cochiguera, porche. Casas que ya no tienen razón de ser, que han perdido su utilidad porque ha desaparecido o se ha transformado el mundo en que se sustentaban.

– Es Montalvos. La plaza lleva hoy mi nombre. Ahora el pueblo es distinto. La gente es bastante rica. Ya no hay obreros. Tienen que ir de fuera. Dicen que lo van a hacer de regadío. No hace mucho me nombraron albacetense de la diáspora y di una conferencia titulada *De Montalvos a Monsalve pasando por un camino de luces y sombras*. Allí conté todo sobre esa manera de vivir en un pueblo de La Mancha de Albacete hace muchos años.

– ¿Vuelves alguna vez por allí?

– Voy poco, la verdad, sólo cuando tengo que ir a Albacete. Vendimos la casa donde nació y hoy está deshabitada. Allí no me queda nada. De la única cosa que siento nostalgia es de la antigua convivencia. Lo que más me duele de las cosas que me ha quitado Dios prematuramente es la imposibilidad de viajar, de hacer lo que hacía con frecuencia cuando era más joven. Mi tierra es la base de despegue de todo lo que hecho después. Todo está ahí, en esa fotografía, en Montalvos, en el Monsalve de mis novelas. Ahora apenas salgo. Mi salud ha empeorado durante el último año.

– *Tose una vez más durante nuestra charla. Se nos ha unido Rosa y hemos bajado a la calle. Primavera madrileña, gris de cielo falso y claridad sin sol. En La Parisina, una cafetería situada en la planta baja del edificio había dos jóvenes veinteañeros que al ver a Rodrigo le cedieron su puesto en la barra junto a la pared, frente a la ventana. Rodrigo les invitó a tomar una cerveza. Saludó a una mujer que tomaba café e intercambió unas palabras con ellas de las que sólo pude oír estas: «Usted, señora, es del partido de la bondad.»*

– Pienso que en mi vida ha habido cosas buenas. En lo profesional, sobre todo. Tuve una época por los años setenta, que escribía mucho, que tenía muchísima ilusión, que publicaba donde quería, sobre todo en los periódicos a través de la agencia Logos y Efe. Hice algunos programas de radio, de televisión, junto con Rosa. Adaptaciones, guiones originales, biografías, cuando la televisión era en blanco y negro. Pero cuando había teatro y los guionistas eran Chicho Ibáñez Serrador, Armiñán... Fue una época de mucha actividad. Ahora es distinto. Pero nunca me he detenido a hacer el balance de mi vida.

Nos despedimos en la calle. Tiene un nuevo libro inédito al que titula *Dios jugando al mus*. Hace poco apareció su novela *Al filo de la vida* (1998), que trata del mundo de la cuchillería en Albacete. También espera la reedición de *Papeles amarillos en el arca*. Rodrigo Rubio ha vaciado en miles de páginas, sin efectismos, con una naturalidad afinada por el contacto con la calle, la de vida de los humildes. Puede que la «antigua convivencia» de la que habla no sea más que una evocación nostálgica de la infancia. Y que ese «para mi gente» con que designa a sus paisanos manchegos, a todos los que como él abandonaron sus campos o se quedaron para suscribir el testamento de una vida perdida, sea hoy un lugar común en la memoria de todo transterrado. Porque Rodrigo Rubio es un narrador del pasado inmediato. Aunque como el protagonista de su novela *Agonizante sol*, un periodista que vuelve a Monsalve para desempolvar una vieja historia de la guerra civil, a través de la memoria de los supervivientes, sabe que su regreso al pueblo es inútil porque «los hombres que arañaron el sol» pasaron y nada les pondrá en pie de nuevo. ■

BIBLIOGRAFIA

Novelas

- Un mundo a cuestas*
Madrid, Editorial Bullón, 1963.
- La tristeza también muere*
Barcelona, Plaza y Janés, 1963.
- El incendio*
Alfaguara, Madrid, 1964.
- Equipaje de amor para la tierra*
Barcelona, Planeta, 1965.
- La espera*
Barcelona, Planeta, 1967.
- La sotana*
Barcelona, Planeta, 1968.
- Oración en otoño*
Barcelona, Planeta, 1970.
- Agonizante sol*
Madrid, Ed. Cunillera, 1972.
- La feria*
Barcelona, Plaza-Janés, 1972.
- El gramófono*
Madrid, Ed. Magisterio Español, 1974.
- Cuarteto de máscaras*
Madrid, Ed. Magisterio Español, 1976.
- Albúm de posguerra*
Barcelona, Plaza y Janés, 1977.
- Fábula del tiempo maldito*
Valencia, Edisena, 1997.
- Al filo de la vida*
Albacete, Papeles de la Diputación de Albacete, 1998.

Libros de relatos y cuentos

- Palabras muertas sobre el polvo*
Valencia, Prometeo, 1967.
- El regicida*
Madrid, Azur, 1969.

Narraciones infantiles

- Tallo de sangre*
Madrid, Anaya, 1989.
- Los sueños de Bruno*
Madrid, Ediciones SM, 1990.
- El amigo Dwunga*
Madrid, Ediciones SM, 1992.

Ensayos y crónicas

- La deshumanización del campo*
Barcelona, Ediciones 62, 1966.
- Crónicas de nuestro tiempo*
Madrid, Cunillera, 1972.
- Crónicas de andar y ver España*
Madrid, Sala, 1973.
- Albacete, tierras y pueblos*
Albacete, Caja Rural, 1983.